

Mario Vecchioli

La vieja chacra... El patio de cloqueos...
 El perro galponero y sus ladridos...
 El patito que siempre se metía
 en la cocina y embarraba el piso...
 Todo me vuelve, en esta tarde quieta
 que busca el hospedaje de los pinos.
 Todo me viene de regreso,
 en la infantilidad de los baldíos
 conque el momento eglógico enternece
 la brisa perfumada del estío.
 Una calle de gratas memoranzas
 me exhuma el panorama antiguo
 del caserón y el campo
 de mi lejana ingenuidad de niño.

Este poema - muy mejorado
 figura en el Libro "De otros
 días" con el título "MUNDO CAM-
 PESINO"

Señalé a analizar los
 dos textos para confirmar
 la autoexigencia de Mario
 buscando la perfección. -

En una entrevista de H. I.
 varios años atrás dijo:

"Vecchioli es perfecto"



Mi te lo que es la falta
 (por omisión) de los
 correctores. -

La palabra correcta
 es "baldíos"

no baldíos

Hay varios errores:

Y en este retornar a sendas
de pronto arrebatadas al olvido,
algo que está en el aire y en la sangre
- algo que arrolla con presión de siglos
y sabe a ruda libertad y a pampa -
me consubstancia con el suelo indio,
con su soberbia majestad de tierra
y ese callado afán conque sus "gringos"
empujan la epopeya del trabajo
con armonioso ritmo.

Por eso, en esta tarde que trasciende
olor a pastos y ecos de mugidos,
oigo latir en torno la grandeza
que vive en lo pequeño. Y digo
el fraternal mensaje de la espiga,
la honestidad del surco rectilíneo,
la gran sabiduría de las parvas...
Tan simple todo y tan sencillo.
Como las manos fuertes
que siembran el buen pan. Como el pan mismo.
Como las cosas todas que conforman
el universo campesino.

Pero también hay que decir el hombre
de la tierra. Granítico. Sufrido.

Plantado en la llanura
como un antiguo ídolo.

Como los soles, las lluvias y los vientos
sumándole a brochazos, el prestigio
del áspero color de América.

Y hay que decir su temple, su estoicismo.
Las mañanas partiendo hacia el cansancio
bajo el relampagueante estrellero.

El quedarse en el llano y la fatiga
con el verano ardiendo embravecido.

O la espada tajante del invierno
partiéndole las carnes con su filo.

Y -luego- ese volver sobre la tarde,
con el criquear de los primeros grillos.

Y las noches de arneses y herraduras
en el galpón de arreglos. Con el guiño
del gran farol de chacra
oteando los silencios infinitos.

Bien haya el verso magistral que glose
la vida pastoril, su dios benigno,
los verdes prados y las rubias mieses,
la luz agreste, el esplendor del trino.

Yo digo la aptitud del hombre,
sus laureles de angustia y sacrificios,
la gesta heroica del sudor sembrado,
las manos labradoras del destino.

Y digo el tiempo de fundar la gleba,
las dudas, la esperanza, el optimismo.

El gozo de sembrar la harina

y oír la voz del surco redimido

alzando desde el fondo de su entraña
los seculares ritos;

ritos de paz, de compartida dicha,

del buen amor que se prolonga en hijos,

de prósperas edades que se alegran

con la graciosa azulidad del lino,

con la prosapia del maíz dorado

y la amistad del trigo.

Porque mi sangre me nació en el surco
y está llamándome a lo mío,
convoco el alma limpia de la tierra,
su gente mansa, sus antiguos "gringos",
su aire bucólico que entona
cantos de cuna y patriarcales himnos.

Y en esta tarde dulce que concluye
serenamente entre los pinos,
mientras el soplo del verano arrastra
angélicas ternuras de balidos
y en su trasfondo -contrastando- estalla
como clarín de guerra algún relincho,
mi terruñero amor encumbra,
su verso conmovido.

Y canta la grandeza insobornable
del campo y del trabajo campesino.
